



[Re]Comenzando con la oración

Dra. Kari Vo

Introducción: Las bases de la oración

Este folleto nos anima a orar a nuestro amoroso Padre celestial. Ya sea que orar es algo nuevo para ti, o que buscas hacer de la oración una parte más importante de tu vida, el leerlo te animará y ayudará a lograrlo.

Entonces, comencemos con lo básico.

¿Qué es la oración?

En esencia, la oración es una forma de comunicación que consiste simplemente en pasar tiempo con Dios. Aun el simple hecho de estar en silencio con Dios cuenta como oración. La mayoría de las personas que oran lo hacen con palabras, ya sea en voz alta o en silencio, mientras que otras quizás las cantan, escriben, dibujan o pintan.

¿Cómo orar? Si estás aprendiendo a orar, puedes probar diferentes formas y ver cuál te resulta cómoda. Dios nos ha creado de muchas diferentes maneras, así que descubre con qué te sientes a gusto. No tienes que orar exactamente igual que tu pareja, amigo o vecino. Mejor aún, pídele al Señor que te enseñe a orar. Él es tu mejor maestro, porque te creó y te conoce mejor que nadie.

La oración puede ser individual o comunitaria, como cuando un grupo de personas ora colectivamente durante la adoración o en un estudio bíblico. Este folleto se centrará en la oración individual.

¿Por qué orar?

¡Buena pregunta! Oramos porque, a través de Jesús, Dios nos creó para ser suyos, para ser miembros de su familia. Como tales, sería muy extraño no comunicarnos nunca con Él. Porque cuando las personas se comunican, las relaciones se vuelven más íntimas. Dios nos creó, nos perdonó y nos salvó, y quiere pasar la eternidad con nosotros porque nos ama y quiere que estemos con Él. Si eso es lo que esperamos, ¿tiene sentido que hablemos y pasemos tiempo con Él ahora! A medida que avanzamos en la oración, vamos conociendo mejor a Dios y el increíble amor que tiene por nosotros, sus hijos, y lo amamos más.

¿A quién oramos?

Los cristianos oramos al Dios trino: Padre, Hijo (es decir, Jesús) y Espíritu Santo. No oramos a santos ni a ángeles, ¿por qué hacerlo cuando podemos acudir directamente al Dios Altísimo, que nos ama profundamente? No es necesario, y no tenemos garantías de que nadie más que Dios mismo pueda escuchar nuestras oraciones. Por lo tanto, tiene sentido apegarnos a lo que nos muestra la Biblia.

Entonces, ¿cómo nos dirigimos a Dios?, ¿cómo lo llamamos? Algunos se limitan a decir «Señor» o «Dios», lo cual está perfectamente bien. Otros tienden a orar a un miembro de la Trinidad. Jesús, por ejemplo, oraba

rutinariamente a su “Padre” y así nos enseñó a hacerlo en el Padrenuestro (Mateo 6:9-13; Lucas 11:2-4). Esteban, el primero que perdió la vida por causa de Cristo, oró a Jesús en los últimos momentos de su vida (Hechos 7:59). Y la Iglesia, a lo largo de los siglos, ha tenido muchas oraciones e himnos dirigidos al Espíritu Santo.

No te preocupes por qué persona del Dios trino te diriges. Él no se enojará contigo por la decisión que tomes, porque desea profundamente estar en estrecha comunicación contigo.

Sugerencias prácticas para empezar

Si nunca has orado o si llevas mucho tiempo sin hacerlo, a continuación, hay una guía sencilla para comenzar a hacerlo.

1. Busca un lugar tranquilo donde puedas estar en privado sin que nadie te interrumpa ni te distraiga. Algunas personas usan su dormitorio o incluso el baño para esto. Otras salen a caminar o se sientan en el coche durante un descanso en el trabajo. Lo importante es que estés en un lugar donde puedas concentrarte y no tener que preocuparte de que te escuchen.
2. Busca un buen momento para orar, es decir, un momento en el que no tengas sueño ni prisa, y en el que puedas estar libre de otras responsabilidades. Esto puede ser difícil en ciertas etapas de la vida, como cuando tienes un recién nacido. En esos casos, ¡improvisa! Es perfectamente posible orar mientras paseas al bebé por la casa durante la noche o mientras lo amamantas.
3. Considera poner una alarma. Si temes perder la noción del tiempo, es mejor depender de una alarma que estar constantemente perdiendo el hilo de tus pensamientos por tener que mirar el reloj para ver si ya es hora de recoger a los niños.
4. Ponte en una posición cómoda (¡pero no tanto que te de sueño!) y dile al Señor: «Señor, aquí estoy». Luego, siéntate en silencio un rato; no necesitas estar hablando todo el tiempo. Dile lo que quieras decirle, ¡y no te preocupes por las palabras que usas! Dios no te critica ni te juzga por tu vocabulario. Está bien orar con la simpleza de un niño.
5. Pídele al Señor que te enseñe a orar. Él es el mejor maestro, porque sabe exactamente cómo te creó y qué es lo mejor para ti.
6. Algunas personas eligen hacer suyas las palabras de una oración que ya está escrita, como el Padrenuestro. Esto te ayudará a empezar, además de recordarte las cosas por las que quieres orar y que, de otro modo, podrías olvidar. Al terminar, puedes seguir orando con tus propias palabras sobre cualquier preocupación que tengas y quieras hablar con Dios, o simplemente puedes dar por terminada la oración. No hay una forma correcta o incorrecta de hacerlo.
7. Muchas personas registran en un diario o en la computadora las preocupaciones que no quieren olvidar. Luego, cuando se disponen a orar, utilizan esa lista para recordar por qué querían orar: el cáncer de la tía Maria, el bebé de su amiga Juana, etc.
8. La mayoría de las personas terminan sus oraciones con las palabras “Amén” o “En el nombre de Jesús oro, amén”. Orar “en el nombre de Jesús” nos recuerda que Dios ha prometido escuchar nuestras oraciones por Jesús, nuestro Salvador, quien murió y resucitó por nosotros y nos hizo hijos de Dios. Esta no es una fórmula mágica que deba estar al final de cada oración, sino un recordatorio reconfortante de la bondad de Dios para con nosotros en Jesús.

Lo que acabamos de describir es una manera muy sencilla de comenzar a orar. Recuerda que Dios mismo es tu mejor maestro. Él anhela que te acerques a pasar tiempo con Él, ya que te ama profundamente. Ese tiempo juntos es un tiempo lleno de amor donde tienes su atención, su bondad, su fortaleza y su alegría.

¿Por qué debemos orar? (o sea, ¿Cómo orar los diferentes tipos de oración?)

En resumen, ¡por todo! Debemos orar por todo lo que tengamos en el corazón, todo lo que nos llame la atención o nos desanime, porque Dios nos ama, y por eso se preocupa por lo que nos importa. No hay nada tan pequeño o tan tonto que no podamos presentarle a Dios en oración.

Las oraciones pueden ser de petición (pedir algo), de acción de gracias, de confesión de pecados y simplemente de disfrutar de Dios. Analicemos cada una de ellas.

Oración de petición

Muchas personas se sienten tímidas o avergonzadas de presentar sus deseos a Dios. Creen que no es “espiritual” ni “maduro” hacerlo, porque les parece egoísta. Pero Jesús nos enseña y anima a orar por lo que deseamos y necesitamos en el Padrenuestro, cuando decimos: *“El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy”* (Lucas 11:3). El reformador Lutero explica lo que esto significa: *“El pan de cada día incluye todo lo que tiene que ver con el sustento y las necesidades del cuerpo, como comida, bebida, ropa, zapatos, casa, hogar, tierras, animales, dinero, bienes, un esposo o esposa devoto, hijos devotos, trabajadores devotos, gobernantes devotos y fieles, buen gobierno, buen clima, paz, salud, autocontrol, buena reputación, buenos amigos, vecinos fieles, etc.”* (Catecismo Menor, Explicación de la Cuarta Petición).

Podemos orar por cualquier cosa, por más insignificante, tonta o irrespetuosa que parezca, como por ejemplo que nos ayude con el malestar estomacal. Dios es nuestro Creador, por lo que se alegra cuando acudimos a Él con nuestras necesidades, como un hijo amado acude a su querido Padre. De igual manera, no está mal orar por un lugar para estacionar cuando se llega tarde a una cita. Dios tiene todo el poder y puede escuchar a todo el mundo orar a la vez; así que, si oras pidiendo ayuda para encontrar tus llaves perdidas, eso no perjudicará a nadie que esté orando por algo mucho más serio como la paz mundial. Dios puede cuidar de ambos.

Es importante recordar que Dios no ha prometido darnos exactamente lo que pedimos, así como lo deseamos. (¡A veces somos egoístas!) Jesús nos dio un buen ejemplo cuando oró en el Huerto de Getsemaní: *«Padre, si quieres, haz que pase de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya»* (Lucas 22:42). En este caso, Jesús pedía ser rescatado de la muerte y Dios le dijo que no. Nosotros también tenemos que lidiar a veces con el «no» de Dios. Y cuando no estamos seguros de la intención de nuestra oración, es bueno orar: *«Hágase Tu voluntad»*, porque sabemos que la sabiduría de Dios es mayor que la nuestra. Al decir: *«Pero no se haga mi voluntad, sino la Tuya»*, confiamos en que Dios tomará la decisión final, sabiendo que Él nos ama y quiere lo mejor para nosotros.

Acción de gracias

Cuando Dios responde nuestras oraciones, querremos recordar darle las gracias. A muchos de nosotros nos beneficiaría orar con más frecuencia una oración de agradecimiento. Tómame unos minutos y reflexiona sobre tu vida. ¿Cuántas cosas buenas te ha dado Dios, quizás cosas que das por sentado? ¿Qué hay de tu salud, tu familia, tu hogar, tu comida, tu trabajo, tus amigos y vecinos? ¿Y los pájaros en el jardín o la puesta de sol que te causan placer? Todas estas son grandes cosas por las que agradecer a Dios, aunque sea con un breve “Gracias, Señor”.

La oración de agradecimiento tiende a multiplicarse. Al principio solo ves unas pocas cosas por las que agradecer, pero pronto empiezas a ver más y más, hasta que te sientes abrumado por todos los regalos que Dios te da, grandes y pequeños. Y esto produce satisfacción y un amor más grande por Dios.

Confesión

Otra buena manera de orar es confesar nuestros pecados y pedir perdón. Sabemos que somos pecadores, personas imperfectas que fallamos de alguna manera a diario. A veces es algo grave. Con más frecuencia es algo menor pero doloroso: cuando gritamos a los niños o decimos una media mentira en el trabajo para no decir que nos olvidamos de hacer algo. El pecado nos duele y hiere a los demás. Por eso, Dios nos llama a llevarlo ante Él y dejar que Él nos limpie, y así sanar el dolor que causa. 1 Juan 1:8-9 nos dice: *«Si decimos que no tenemos pecado,*

nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, Dios es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad».

Dios nos perdona voluntariamente, incluso con entusiasmo, a través del sufrimiento, muerte y resurrección de Jesús por nosotros (Juan 3:16-18; 1 Juan 1:7). No necesitamos escondernos de Dios cuando nos sentimos culpables. Podemos acudir directamente a Él, como niños que han caído en un charco de lodo, y dicen: «Lo siento. Por favor, límpiame de nuevo». Y Él lo hará. Nunca nos rechazará. Nuestro salvador Jesús, Dios hecho hombre, nos ama profundamente y con gusto nos perdonará una y otra vez, tantas veces como sea necesario. Y el Espíritu Santo seguirá obrando en nuestros corazones para hacernos cada vez más a la imagen de Cristo.

Disfrutando de Dios

Una cuarta razón por la que podemos orar es simplemente para disfrutar de Dios. Puede que al principio te suene extraño, pero ¿no tienes amigos o familiares con quienes pasas tiempo simplemente porque te gusta? Toman un café, comen o dan un paseo juntos, se llaman por teléfono, porque se disfrutan mutuamente. Lo mismo ocurre con Dios. A medida que crecemos en nuestra relación con Él, llegamos a disfrutar pasar tiempo con Él. Y parte de ese disfrute proviene de la oración.

Si alguna vez has leído el libro de los Salmos en la Biblia, verás cuántas de estas oraciones a Dios implican alabarlo. Los escritores le dicen a Dios una y otra vez lo maravilloso que es. Por ejemplo:

*“¡Bendice, alma mía, al Señor!
¡Cuán grande eres, Señor mi Dios!
¡Estás rodeado de gloria y de esplendor!
Señor, ¡toda mi vida te cantaré!
Dios mío, ¡yo te cantaré salmos mientras viva.
Señor, dignate agradarte de mis pensamientos,
Pues yo hallo en ti mi alegría”
(Salmo 104:1, 33-34).*

¿Por qué alabamos al Señor? ¿Será porque Dios necesita que le digamos cuán grande es, o porque es vanidoso y arrogante, o porque debemos adularlo para conseguir lo que queremos?

¡No, claro que no! La verdad es que la alabanza es una de las principales maneras en que disfrutamos cualquier cosa en la vida. ¿Viste una buena película? La próxima vez que hables con un amigo, le contarás. ¿Disfrutaste la cena? Elogiarás al cocinero y la receta. ¿Estás enamorado? Sin duda, volverás locos a tus amigos y familiares al describir cuán maravilloso es tu nuevo amor. La alabanza es la forma natural en que los seres humanos disfrutamos algo; y eso también se aplica a Dios.

La alabanza es el lenguaje de la persona enamorada. Como seres humanos perdonados y salvados, estamos hechos para disfrutar de Dios. Y cuanto más lo conocemos y lo amamos más lo alabaremos, así como alabamos cualquier otra cosa que disfrutamos. A medida que crezcas en tu vida de oración, también crecerá tu amor por Dios y tu disfrute de Él.

Por supuesto que hay otras maneras de disfrutar de Dios. Algunos le cantan canciones o himnos, otros incluso bailan. Algunos disfrutan de la presencia de Dios en forma silenciosa. A otros, les gusta pedirle a Dios que los acompañe cuando hacen recados por la ciudad y necesitan compañía. ¡Todo esto está bien! Porque Jesús prometió: «Yo estaré con ustedes todos los días» (Mateo 28:20). Tenerlo presente a medida que transcurre nuestro día nos hace felices (y a Él también), y también es una manera de hacer lo que Pablo recomendó cuando dijo: “*Estén siempre gozosos. Oren sin cesar. Den gracias a Dios en todo, porque esta es la voluntad para ustedes en Cristo Jesús*” (1 Tesalonicenses 5:16-18).

Cómo superar las barreras comunes de la oración

Orar no es siempre fácil y placentero. A veces tenemos que enfrentar diversos problemas, muchos de los cuales tienden a ser emocionales.

“No quiero”

El primero es infantil, como cuando decimos: “No quiero orar ahora”, pero puede ser un verdadero problema. Hay veces que no queremos cepillarnos los dientes, pero lo hacemos porque sabemos que es bueno. Lo mismo ocurre con la oración. Si es tu hora habitual para orar y sientes que “no quieres” hacerlo, puedes decirle al Señor: “Lo siento, pero no tengo ganas de orar ahora”. De cualquier forma, Él ya lo sabe, así que sigue adelante y ora, al menos un poco. Porque lo que importa es nuestra elección, no las emociones que escapan a nuestro control. Podemos orar ahora mismo, simplemente porque es lo correcto para nosotros y para aquellos por quienes oramos. Y también podemos pedirle al Señor que cambie nuestro estado de ánimo para que sea más fácil la próxima vez.

“No me siento apto para presentarme ante el Dios bueno y santo”

Esto es un poco más difícil. Puede suceder cuando hemos cometido un pecado grave y nos retraemos de estar en la presencia santa de Dios, aunque, evidentemente, es cuando más lo necesitamos. Pero también puede suceder cuando, a pesar de no tener ninguna culpa real, nos ha sucedido algo terrible, algo que nos hace sentir sucios e impuros. Puede suceder si sufrimos de depresión, ansiedad, irritabilidad severa o incluso dolor. Puede suceder cuando el diablo nos susurra: “¿Quién eres tú para que Dios se preocupe por tí? Te estás mintiendo a ti mismo”.

En todos estos casos, lo mejor que podemos hacer es ir a un lugar privado y decirle a Dios exactamente cómo nos sentimos. Pero no tenemos que hacerlo solos. La Biblia nos dice: *«De igual manera, el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad. Pues no sabemos qué nos conviene pedir, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. Pero el que examina los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque intercede por los santos conforme a la voluntad de Dios»* (Romanos 8:26-27). El Espíritu Santo nos ayuda cuando no sabemos qué decir o no nos atrevemos a decirlo, y Jesús también: *«Por eso [Jesús] también puede salvar para siempre a los que por medio de él se acercan a Dios, ya que vive para interceder por ellos»* (Hebreos 7:25). Jesús habla a Dios Padre en nuestro nombre, como nuestro Sumo Sacerdote. Cuando no podemos hablar por nosotros mismos, nos consuela saber que tanto Dios Hijo como Dios Espíritu Santo hablan por nosotros.

También podemos pedir a nuestros hermanos en la fe que oren por nosotros. Sus oraciones y cariño pueden ser un gran consuelo en momentos difíciles.

“Me distraigo constantemente”

La distracción es un problema común en la oración. Por eso es importante encontrar un lugar y un momento para orar donde haya la menor cantidad de distracciones posible, ya sea externas (personas, ruidos) o internas (pensamientos intrusivos). A algunas personas les resulta más fácil orar cuando hay un ruido sordo cerca: el sonido de un purificador de aire, una autopista con autos, etc. Para esas personas, el silencio absoluto es terreno fértil para todo tipo de pensamientos dispersos que distraen de la oración.

Lo que NO debes hacer es intentar reprimir a la fuerza los pensamientos dispersos. Eso no funcionará, sino que volverán una y otra vez hasta que te rindas. Por lo general, es mejor manejarlos siguiendo estos pasos:

Primero, ten a mano lápiz y papel, para que si algo realmente importante se te ocurre en medio de la oración (por ejemplo, que necesitas llamar al médico de tu hijo esta tarde), puedas anotarlo y no olvidarlo. Una vez escrito, dejará de distraerte, porque ya no hay peligro de olvidar algo realmente importante.

La segunda cosa que puedes hacer con los pensamientos que te distraen es simplemente dejarlos pasar, y luego volver a orar. No les des mucha importancia, sino trátalos como pájaros que pasan volando o como hojas que caen.

Si siguen molestándote, prueba la tercera opción: conviértelos en un motivo de oración. Por ejemplo, si sigues distraído pensando en un problema del trabajo, enfócalo directamente y di: “Señor, necesito hablar contigo sobre

esto”. Y luego ora por el problema. Puede que la razón por la que te sigue molestando sea porque deberías estar orando por él. Después de eso, con frecuencia desaparecerá.

“Estoy aburrido”

Seamos honestos... ¡orar *puede* ser aburrido! Esto puede ser porque apenas estamos comenzando nuestra relación con Dios y aún estamos practicando lo básico de cómo vivir y hablar con Él. Así que aquí tienes una excelente manera de combatir el desgano al orar: ¡acelera el ritmo! Si sueles orar sentado, sal a caminar. Si oras en silencio, escribe tu oración en un diario o en tu computadora. Como siempre, sé honesto con Dios; dile que tienes un problema de aburrimiento y pídele ayuda. ¡Te sorprenderá lo que Él te diga!

Si el problema es que tienes una larga lista de personas por las que prometiste orar (por ejemplo, el tío Juan con un derrame cerebral, tu vecina con problemas matrimoniales, etc.), también lo puedes agilizar.

- Por ejemplo, puedes orar por algunas personas ciertos días de la semana y por otras otros.
- O puedes orar por todos a la vez: “Oh, Señor, siento tener tanta prisa hoy, pero ¿podrías bendecir y cuidar a todas las personas por las que suelo orar? Gracias”.
- Puedes dar gracias en lugar de solo pedir: “Señor, te agradezco por mi vecina de al lado y el hermoso jardín que mantiene. Me encanta mirarlo todos los días”.
- Puedes orar en forma más personal: “Gracias por cómo Gina me escucha cuando necesito hablar. Gracias por darle tanta paciencia”.

“No sé por qué orar”

A medida que creces en la oración, quizás empieces a preguntarte si te estás olvidando de algo (personas, problemas, necesidades, etc.) por lo que deberías estar orando. O quizás sientes el deseo de ir más allá de las necesidades obvias e inmediatas del día que te apremian. ¿Por qué más podrías estar orando?

Jesús nos dio el Padrenuestro precisamente por esta razón: para que aprendiéramos de él qué y cómo orar. Aquí está el Padrenuestro en la versión de Mateo 6:

*“Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre.
Venga tu reino. Hágase tu voluntad, en la tierra como en el cielo.
El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy.
Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores.
No nos metas en tentación, sino libranos del mal”.
[Porque tuyo es el reino, el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén]” (Mateo 6:9-13).*

Las diferentes partes del Padrenuestro se llaman “peticiones”.

Fíjate que comenzamos pidiendo cosas que tienen que ver con nuestra relación con Dios: lo llamamos Padre, porque eso es lo que es ahora que tenemos fe en su Hijo Jesús, quien nos salvó.

Luego, especialmente en un mundo lleno de oscuridad y maldad, oramos para que el Reino de Dios venga a nosotros; y pedimos que se haga Su voluntad buena y perfecta voluntad aquí y ahora, «*en la tierra como en el cielo*».

Después, pasamos a pedirle a nuestro Proveedor por nuestras necesidades diarias. Le pedimos a Dios que nos provea con todo lo que necesitamos a diario para el cuerpo y el alma.

Le pedimos a Dios que perdone nuestros pecados y le decimos que perdonamos a quienes pecan contra nosotros, porque a Dios le importa eso; Dios no perdonará a quien insiste en guardar rencor contra otra persona. (Nota: esto no significa que estés condenado si en el intento de perdonar a alguien fallas; esa es una situación diferente). Y aunque fallamos, su amor nunca falla. Él siempre está listo para perdonarnos y darnos un nuevo comienzo.

Finalmente, le pedimos a Dios que nos proteja de los momentos de tentación y prueba, porque sabemos que somos débiles y que podemos caer con facilidad; y también le rogamos que nos salve del mal.

Y terminamos recordando la gloriosa verdad de que el Dios a quien oramos puede hacer todas estas cosas por nosotros, porque el reino, el poder y la gloria le pertenecen para siempre. Estamos seguros bajo su cuidado para siempre.

Una cosa hermosa de esta oración es que puedes ampliarla. Por ejemplo, supongamos que estás teniendo serios problemas financieros. Cuando llegues a la petición del pan de cada día, detente y habla con Dios muy específicamente sobre lo que estás enfrentando: ¿Estás buscando trabajo? ¿Lidiando con cuentas atrasadas? ¿Necesitas sabiduría para decidir qué hacer?

De igual manera, si te preocupa la política en tu país, podrías dedicar más tiempo a la petición «Venga Tu Reino». El reino de Dios siempre es perfecto y bueno; ¿qué significaría que el Reino de Dios viniera a nosotros ahora, en nuestro mundo? ¿Qué le pedimos que haga por nosotros, y quizás incluso a través de nosotros, en el lugar donde vivimos?

El Padrenuestro no es el único modelo de oración que nos ayuda a orar cuando no sabemos qué orar o cuando queremos ir más allá de las necesidades inmediatas del día. Los cristianos de todos los tiempos han hecho lo mismo con las oraciones del libro de los Salmos de la Biblia. ¿Eres feliz? Hay un salmo que expresa esos sentimientos, y puedes orarlo. ¿Estás preocupado y asustado? Hay un salmo al respecto. ¿Tienes enemigos? ¿Te enfrentas a la muerte? En algún lugar del libro de los Salmos, probablemente encontrarás lo que necesitas, y también puedes ampliarlo con tus propios pensamientos, tal como hicimos con el Padrenuestro anteriormente.

Respuestas a preguntas frecuentes sobre la oración

¿Puedo equivocarme?

Algunas personas se preocupan porque creen que, sin querer, su oración puede causar un mal resultado. ¡Esto es algo de lo que *nunca* debes preocuparte! Tenemos un Dios bueno y amoroso que jamás permitiría que nuestras oraciones resulten en mal, ni nos daría una maldición cuando pedimos una bendición. Jesús mismo nos lo dice: “¿Quién de ustedes, si su hijo le pide pan, le da una piedra? ¿O si le pide un pescado, le da una serpiente? Pues si ustedes, que son malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¡cuánto más su Padre que está en los cielos dará buenas cosas a quienes le pidan!” (Mateo 7:9-11).

Aún más: si alguien orara por algo malo por error, Dios se negaría a concedérselo. Siguiendo el ejemplo de Jesús: si un niño le pide a su padre una serpiente venenosa, por más que le ruegue el padre no se la dará, sino que le dará algo mejor. Así también actúa Dios con nosotros. Él sabe que somos como niños pequeños que apenas sabemos qué necesitamos o qué pedir por lo que, en su amor y sabiduría, siempre nos negará lo que pidamos equivocado.

¿Por qué permite Dios el mal?

¿Alguna vez le has preguntado a Dios “¿por qué?” acerca de algo malo que Él ha permitido que te suceda a ti o a un ser querido? Si esto te suena familiar, no es de extrañar. Desde el libro de Job en la Biblia, los cristianos hemos estado lidiando con el problema del mal y por qué Dios lo permite, a veces durante mucho tiempo.

Entonces, ¿está bien cuestionar a Dios? Sí, está bien preguntarle: “¿Por qué a mí?” o “¿Por qué a ellos?” y disgustarse o incluso enojarse con Él. Es muchísimo mejor para nosotros llevar todos nuestros problemas a Dios, incluyendo nuestro disgusto y enojo, que alejarnos de Él o dejar de creer en Él. **Dios puede hacerse cargo de nuestros sentimientos.** Él los comprende. Después de todo, hasta Jesucristo mismo, el Dios hecho hombre, clamó desde la cruz: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Marcos 15:34b). Jesús no te culpará por tener los mismos sentimientos y la misma agitación que Él tuvo.

Entonces, ¿te responderá Dios? Sí, Dios va a responder a tu oración, aunque quizás no como quisieras. Quizás te anime a confiar más en Él, o simplemente te escuche con amor. Y probablemente no obtengas una explicación

teológica completa de por qué un ser querido murió de forma dolorosa la semana pasada. Pero a la larga, está bien. Confiamos en Dios no porque nos dé todas las respuestas que queremos, sino porque lo conocemos y sabemos qué clase de Dios es. Sabemos que es leal y digno de confianza, y que nos ama lo suficiente como para dar su vida por nosotros muriendo en la cruz. Sabemos que Dios es bueno y odia el mal.

En definitiva, cuando nos enfrentamos al problema del mal y de por qué Dios lo permite, lo más certero que podemos hacer es aferrarnos a lo que sabemos fehacientemente por medio de Jesucristo: que Dios se preocupa por nosotros y por la aflicción que causa el mal. Él es más fuerte que todo mal y nos ama tanto como para morir y resucitar por nosotros. Algún día quizás sepamos más. Pero por ahora, podemos orar incluso en tiempos difíciles, sabiendo que nos ama más de lo que imaginamos y confiando en que al final resolverá las cosas para bien (Romanos 8:28).

¿Habré escuchado a Dios?

A veces, mientras oras, tienes la sensación de que Dios acaba de comunicarte algo. Puede ser con palabras o con una imagen o visión. Si eso sucede, ¿cómo sabes si realmente proviene de Dios? Esto es lo que la Biblia llama “discernimiento”, o sea, distinguir entre lo que es de Dios y lo que es puramente humano o incluso del diablo (¡porque, por supuesto, el diablo intentará interferir en tus oraciones! ¡Él no quiere que ores!).

Cuando algo así te sucede, lo primero y más importante que debes tener en cuenta es que Dios nunca se contradice. Esto significa que, si escuchas algo que contradice la Biblia, debes desecharlo de inmediato. Dios nunca te dirá que te es permitido robar esta vez, o cometer adulterio, o hacer alguna de las cosas que la Biblia claramente nos prohíbe. Si no concuerda con lo que lees en la Biblia, olvídate de ello de inmediato y no te preocupes más.

Pero ¿qué pasa si no contradice la Biblia y aún no estás seguro si proviene de Dios? Por ejemplo: ¿crees que Dios te está llamando al ministerio pastoral, a casarte o a tomar alguna decisión similar? Este es el momento de orar más al respecto, consultar con tu consejero espiritual y con algunos amigos cristianos maduros y de confianza. El Espíritu Santo vive en la Iglesia, el cuerpo de Cristo. Eso significa que, cuando intentes discernir si algo proviene de Dios o no, puedes buscar su ayuda a través de otros cristianos

Conclusión

La oración es un regalo hermoso y misericordioso que Dios nos da para que podamos estar con Él, disfrutarlo y crecer en nuestra relación con Él incluso ahora, aquí en la tierra, antes de verlo cara a cara. El Señor es tu mejor maestro en cuanto a la oración, así que pídele ayuda. Te alegrarás de haberlo hecho.

La Dra. Kari Vo es escritora teológica de Lutheran Hour Ministries. Tiene un doctorado en inglés (período del Renacimiento) de la Universidad de St. Louis y ha trabajado en redacción y publicaciones durante 30 años. Ella tiene varios libros publicados y docenas de artículos. Originaria de California, ella y su familia son misioneros a los inmigrantes vietnamitas en el área de Saint Louis, Missouri.



© 2026 CPTLN
Todos los derechos reservados.

Todo el texto bíblico ha sido tomado de la *Santa Biblia*, Nueva Traducción Viviente, © Tyndale House Foundation, 2010. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

660 Mason Ridge Center Dr., St. Louis, Missouri 63141-8557
1-800-972-5442 • www.lhm.org • 6BS90